

III

Donde se verá el interesante coloquio
del caballero Tarsis con sus amigos.

Gabinete con desordenada elegancia. Puertas que comunican por aquí con el baño; por acá, con un salón que se supone más ordenado que lo que está á la vista; por acullá, con el entra-y-sal de los que visitan.

TORRALBA. (Sentado junto á Tarsis, que no está vestido ni desnudo.)—No he venido á reñirte... No es cristiano reñir al necesitado, á quien no podemos auxiliar. Practico las obras de Misericordia consolando al triste y visitando al enfermo, que enfermo estás de la voluntad, y diciéndote: Hijo mío, te compadezco; hijo mío, deploro tu desdicha, que es como decir que la lloro. Pero llorándola no puedo remediarla. Hacienda tuviste y hacienda tienes, aunque mermada por tus desaciertos... Con Bálsamo te basta para ordenar tus asuntos, si quieres hacerlo. Bálsamo es un águila de la administración. Haz lo que él te diga; sométete á su tratamiento, y te salvarás.

TARSIS.—Aun para reducirnos á lo preciso y establecer un régimen de economía, necesitamos dinero, mi querido don Juan. ¿Concibe usted que á un edificio amenazado de ruína se le puede reparar sin po-

ner andamios, que también cuestan dinero? Lo que usted me adelante para mi obra se lo devolveré con intereses. ¿A quién había yo de acudir sino á usted, que fué mi padrino en la pila, mi tutor en la menor edad, y ahora... no sólo el mejor sino el más rico de mis amigos?

TORRALBA. (Alargando una mano con gesto defensivo.)—Párate un poco y no desbarres, Carlitos; no te vea yo entre el vulgo que cree que yo tengo el oro y el moro. Mejor que nadie conoces tú la modestia con que vivo, dentro de lo que me impone, bien entendido, mi posición social. Dios me ha dado esta posición, y es mi deber mantenerme en ella con decoro, sí, pero sin fachenda, sin pompas de ninguna clase... Has de fijarte en otra cosa, que no sé cómo no has comprendido ya, sin duda por tener tu espíritu tan alejado del verdadero catolicismo. Caudal abundante me dejó mi pobre y santa Micaela; pero ¿te parece bien que distraiga yo ese caudal de los objetos píos á que ella lo dedicaba, con la mira puesta siempre en lo alto? ¿Qué diría Dios si yo empleara el óbolo santo... así he de llamarlo... el óbolo de Micaela, en pagarte tus deudas de juego, ó en el costerío de tus automóviles, ó en taparte los huecos que han abierto en tus arcas, por un lado Rosario Lepanto, por otro la *Lucerito* y *Azotitos*... Repugnan á mi boca estos nombres indecentes... Considera tú lo que pensaría y diría Micaela en el cielo, donde está, si viera que yo... Puede que

creyera que... Carlos de mi alma, tú comprenderás mis escrúpulos, y te harás cargo de lo que me contraría y desespera el tener que negarte... (Levántase.) Un consejo te doy que vale más que dinero, y es que en tus aficciones vuelvas los ojos á Dios... El Cual no desoye, yo te lo aseguro, á los que con fe y con dolor sincero imploran su misericordia. (Estrecha la mano del caballero.) Y ahora se me ocurre que tal vez en este instante te tenga Dios preparada una solución... He oído que llevas muy bien tu asunto con la chica de Mestanza. Ayer tarde la ví: estará muy guapa cuando entre un poco en carnes.

TARSIS. (Con sutil ironía.)—Para el buen término del negocio de *Mary* habría que contar con Dios. Pídaselo usted, padrino, que á mí no me hace maldito caso.

TORRALBA. (Risueño y meloso.)—No, tontín. Más caso ha de hacerte á tí si se lo pides con efusión del alma, echando por delante una conducta mejor que la que has traído hasta hoy... Me veo precisado á dejarte... Hace un siglo que no vas á almorzar conmigo... ¡Qué ingrato eres! (Entra Becerro y saluda.) Aquí tienes á tu amigo el gran heráldico, que te dará conversación más grata que la de este viejo regañón... Adiós, adiós... Y que tengas confianza con tu padrino, y le ocupes para todo. En cuanto tropieces con alguna dificultad, me avisas, ¿eh?... (Sale.)

TARSIS. (Con fino humorismo, envuelto en una calma estóica.)—Te avisaré, amado padrino, por

el mismo mensajero que lleve el aviso á la funeraria cuando sea menester... Vienes á tiempo, mi querido Augusto, porque el humor que hoy tengo es de tal negrura, que sólo tú y tu gracioso saber de linajes pueden traer á mi espíritu algún despejo. Háblame de los siglos distantes, llenos de amenidad. Montado mi pensamiento en el tuyo, como en un águila, podré alejarme de la realidad triste.

BECCERRO. (Más desmayado y mortecino que otros días. Su rostro flácido, sus ojos plorantes, reviven al son claro de su palabra correctísima.)—El mismo procedimiento uso yo para huir de mis penas. En mis lecturas favoritas encuentro yo las aves que me llevan al retiro de los siglos que fueron. Ya sabes que el autor más moderno que yo leo es el Arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada. También es de los míos el Obispo don Lucas de Tuy. Me deleito en estos amenísimos autores; y cuando quiero mayor deleite, que á olvido mayor de lo presente me conduzca, echo mano del *Fuero de Avilés*, de los *Fueros de Brañosera* ó *Zorita de los Canes*, de las escrituras de donaciones ó fundaciones, ó me extasio con el *Cronicón Albeldense* y con el *Becerro de Santillana*.

TARSIS. (Acordándose de que es profesor de guasa viva.)—Yo también, mi querido Becerro, yo también me deleito con esos portentos de amenidad... Y como no estoy hoy de buen temple, y quiero alegrarme, acaba de referirme el fundamento de mi título de Mudarra, uno de los más gloriosos de Castilla.

Si no recuerdo mal, mi título viene del hermano bastardo de los Siete Infantes de Lara.

BECCERRO. (Ufano de verse en su terreno.)—Mudarra, que en árabe es *Mutarraf*, esto es, *Vengador*. Autores hay que asimilan este nombre á los de Amenaya y Benaya, que es como decir *Ben Yahia*, ó *Hijo de Juan*. Sea lo que quiera, ello es que el primer Mudarra fué concebido en una cárcel. Como te dije, Gonzalo Gustios, *Gundisalvus Gudiostoz*, entérate bien, padre de los caballeros de Lara, fué mandado por Ruy Velázquez al Rey moro de Córdoba, Almanzor, para que le matase. El moro fué más benigno y se contentó con ponerle en prisión. Cautiverio muy ancho debió de ser, porque en su cárcel el viejo señor castellano recibió la visita de la hermana del Rey moro, que, aunque de la perversa religión mahometana, era hembra compasiva y blanda. Mira tú si sería punto de cuidado el buen Gonzalo Gustios, que á las tres visitas quedó la Princesa en el estado que ahora llamamos interesante, verbigracia en cinta, *vulgo* embarazada.

TARSIS.—Y el desembarazo fué mi nacimiento, digo, el de mi tío, de mi abuelo, de mi tátara, tátara... Bien por el viejo Gustios. Eso es un hombre, eso es un caballero, un español de cuerpo entero y con toda la barba. ¡Y el hombre llevaba á cuestras sesenta años!... ¡Prisionero del Rey moro, le birla la hermana! ¡Vaya un tío! (Con reir nervioso y jugueteón.) ¿Ves, Becerro? Sólo con

recordar esas grandezas de la raza hispánica se me ha pasado la murria: ya estoy alegre... Si es lo que te digo: esos hombres son los que regeneran las razas decaídas... Se comprende que un pueblo formado de varones tales como ese Gustios de Lara, conquistara medio mundo. (Paseándose con alborozo de travieso adolescente.) Aquí tienes un ejemplo. Ya me estoy regenerando... Sigue, sigue la historia...

BECCERRO.—*Axa* era el nombre de la real morita, hermana de Almanzor. Al chiquillo que tuvo le criaron para héroe, y salió con toda la pinta y toda la fiereza de los Laras de Salas. Vengó á sus hermanos, mereció los honores de un Romancero, y figura entre los más altos caballeros de Castilla.

TARSIS.—¡Y vengo yo de ese caballero... por cruce de la línea de los Tarsis, nieto de Noé, con la de los Mudarras, dichoso ingerto de las ramas de Cristo y Mahoma! Bien, bravísimo. Esto alivia, esto conforta. Completa sería la gloria de tal estirpe, si viniera con dinero. Porque yo, querido Augusto, he dado en pensar que nobleza sin dinero es latón abillantado por la industria. Donde no hay oro, todo es desdoro. (Su entereza se aplaca; déjase vencer del pesimismo.) Me arrimo á la genealogía de mi abuelo materno, que tuvo el negocio de harinas, y con *este polvo*, como decía en las cartas comerciales, amasó la riqueza que yo estoy desmigando ahora. Atrás Gustios y Mudarras, fuera el nieto de Noé,

y viva mi Suárez, por donde, según tú, debo llamarme *Asur, Hijo del victorioso...* hijo del molinero, que, amparado del arancel, alimentó á tres generaciones de cubanos, y acá se traía las cajas de azúcar, que venían resudando el dulce. Yo me acuerdo. ¡Qué olor tan rico en aquellos almacenes, aroma de almíbares, mezclado con fragancia de canela; que allí había también fardos venidos de Ceylán! Llévate todos los chirimbolos de la caballería de Mudarra, y tráeme mis almacenes de coloniales... ¡Ah! También había cacao. América inocente nos mandaba mil primores cambiados por las harinas de acá... Las memorias de aquella riqueza se avivan en mi olfato. Huelo, huelo... ¿No hueles tú? ¡Ay! los pergaminos de tus cronicones apestan á ranciedad putrefacta... Becerro, Becerro, apártate, hueles á tí mismo. Tráeme el árbol genealógico que tiene por hojas los billetes de Banco, ó no vengas acá. No me traigas la roña de tus archivos, cementerios de la nobleza pobre... La pobreza es muerte, ¡oh gran Becerro, ilustrado y vacío Becerro, sabio durmiente entre ratones! (Abatidísimo se desploma en un sillón. Sobre los brazos de éste caen con grave pesadumbre las manos del caballero. Entran súbitamente, sin anunciarse, dos personas: Ramirito Núñez y don Francisco La Diosa. La teatral aparición de este señor es para Tarsis como una descarga eléctrica. Salta de su asiento; coge de un brazo al hombre plácido, de risueño y episcopal semblante, y se le lleva al salón próximo para ha-

blar con él á solas. Quedan en el gabinete Becerro y el joven Núñez.)

RAMIRITO.—Este señor que sonríe, aun diciendo cosas tristes, ¿no es ese que llaman *La Diosa*?

BECCERRO. (Con erudición lúgubre.)—Su verdadero nombre es *Abraham Samuel Zacuto*, higienista, médico y matemático famoso... No, no: me equivoco... ¡Qué cabeza! Es *don Isaac de Abrevanel*, arbitrista y tesorero de los Católicos Reyes... ahora redivivo con la misión providencial de empobrecer á los nobles ricos, como preparación del reinado de la igualdad humana.

RAMIRITO. (Alelado, sin entender lo que oye.)—Don Augusto... ¿habla usted dormido?... Despabílese y charlemos. ¿Estuvo usted en el estreno de anoche?

BECCERRO. (Sin mirarle.)—Yo no voy á estrenos. (Mirándole.) Ya conoce usted mi simplicismo teatral: me he plantado en Bartolomé Torres Naharro. Ni á tres tirones paso más acá. ¿Estrenos dice? Pues estos pantalones me pongo hoy por primera vez... Pero no son obra original, sino arreglo, hecho por mis hermanas, de los que casi nuevos me dió Carlos. (De improviso aparece Tarsis por la derecha con vivo paso y rostro alegre. El señor La Diosa no le acompaña. Salió, sin duda, por otra parte de la casa.)

TARSIS. (Disimulando mal su júbilo, guarda en un bolsillo del batín un fajo de billetes que traía en la mano.)—¿Qué decías, Becerro? ¿Qué dices, Ramirillo? ¿Hablaban mal de La Diosa?

RAMIRITO.—Yo, no.

BECCERRO.—Yo he murmurado, he rutado. Rutar es en el hombre imitar con voz blanda el rugido de las fieras. Yo sé rugir.

RAMIRITO.—Augusto me ha contado que estrenaba hoy unos pantalones arreglados del francés por sus hermanas.

TARSIS. (Carinoso.)—Dispénsame, Augusto. No me acordé de preguntarte por tus hermanas. ¿Cómo están hoy?

BECCERRO.—Como siempre, mejor y peor. En días alternos, mueren y resucitan.

TARSIS. (Casi por movimiento propio y espontáneo, la mano se le va al bolsillo en que ha guardado los billetes. Saca un fajo de ellos; del fajo despega dos y los da al amigo con liberal sencillez, sin humillarle.) Toma, hijo, y remédiate. Ya sabes que no duermo tranquilo cuando me acuesto sin poder remediar las necesidades de los amigos... No te vayas... ¿Qué prisa tienes? Acompaña un rato al pequeño don Ramiro, que voy á concluir de arreglarme. (Entra por el fondo el administrador don Asensio.) Y aquí tenéis al buen Bálsamo, que me alegra la vida... Charlen aquí un rato. El barbero me aguarda. (Vase por el fondo. Bálsamo cambia con los dos amigos de Tarsis palabras de fría salutación, y se apoltrona en una butaca, quedando pensativo, mientras los otros hablan de literatura y teatro.)

BÁLSAMO. (Acariciándose la barba, fruncido el ceño, habla para sí.) Se ha entendido directamente con La Diosa, esquivando mi mediación y desoyendo mis consejos. Bien le dije anoche que su dignidad no le permite someterse á condiciones usurarias tan es-

candalosas. Estás perdido, Marqués de Mudarra, si no te salva la niña petiseca de Mestanza... Y mis noticias son que ese negocio no va por buen camino. Ojalá sea falso lo que me han dicho. No quiero verte en la miseria, Carlos de Tarsis. Con golpes como el que acaba de arrearte La Diosa, pronto darás en tierra. Y ese granuja con cara de jamona verde, para acabar de arreglarlo, no me dará comisión. Ya lo veremos, ya... ¡Pobre Tarsis, cuándo tendrás juicio!... Pues hoy te traigo unas noticias... No te las daré hasta mañana, para no amargarte el dulzor del dinero que has tomado. Mañana sabrás que los colonos de Zorita de los Canes abandonan también la tierra; que el de Tordehita y Tordelepe pide prórroga, y llora y blasfema y coge el cielo con las manos... En cuanto á la dehesa de Santa Cruz de Juarros, bien puedo decir ya que es mía... Y de ello debes alegrarte, que peor fuera que á otras manos pasara... Yo te daré en usufructo, por si quieres retirarte del mundo, aquel palacete fundado sobre las ruínas de un castillo en que vivió, según dicen, el viejo camastrón mujeriego Gonzalo Bustos ó Gustios.

(Ramirito y Becerro, que habían trabado conversación, fumando cigarrillos, sobre temas de vaga actualidad, engarmaron en su coloquio al taciturno Bálsamo, que se limitó á dar una opinión seca sobre los delirios de la Aviación y sobre los disparates del Socialismo, que ambas cosas eran lo mismo: monomanía de andar por los aires. En esto salió Tarsis

ya bien acicalado del rostro, listo de la parte inferior del cuerpo y encapillándose la camisa, cuyos botones aseguraba con una mano por dentro de la pechera y otra por fuera. Siguió vistiéndose asistido de su ayuda de cámara. Avido de conversación, cogió la primera hebra que halló pendiente en el coloquio de sus amigos, y con fácil elocuencia familiar disertó sobre los puntos del Socialismo y de la navegación aérea. Sin saber cómo y por un quiebro que dió Ramirito, fueron á parar á la cuestión de teatros, al estreno de la noche anterior, y á la literatura dramática.)

TARSIS.—No te canses, Ramiro. Habéis aplaudido anoche un drama caballeresco, con su musiquilla de rimas; habéis festejado á su autor, cuyo talento reconozco. Pero esa obra, representada en familia, en familia se extinguirá, y dentro de cuatro noches no irán á verla más que los de la hermandad del *tifus*. Esas farsas rimbombantes á nadie interesan; se aplauden por rutina; la prensa las jalea; los cómicos se desgañitan y el público se aburre. Te convencerás de que nuestros autores, así los que desentierran asuntos con casco y chafarote, como los que cultivan la vida corriente, vistiendo á los actores de levita ó blusa, no aciertan, créelo. Toda nuestra literatura dramática es esencialmente *latosa*, toda convencional, encogida, sin medula pasional, cuando no es grosera y desquiciada. Compara este arte, siempre abortado, con la dramática francesa, rebotante de vida y pasión. Las compañías extranjeras nos enseñan la ruindad de

nuestro arte, la cual se manifiesta en el éxito de las traducciones, hoy con los autores exquisitos que se llaman Donnay, Berstein, Mirbeau, Lavedan, Feydeau, como lo fué hace años con las obras de Scribe, primero, y luego de Sardou. Yo soy en esto muy radical, muy antipatriota, y lo digo sin ningún reparo, añadiendo, amigos míos, que el teatro clásico, con su Lope y su Tirso, me carga también, y siempre que voy á una función de esta clase, llevo la mala idea de descabezar un sueño en mi butaca. Una obra del teatro clásico se titula como debieran titularse todas: *La vida es sueño*. Digo y repito con pleno convencimiento que no tenemos teatro, como no tenemos agricultura, como no tenemos política ni hacienda. Todo esto es aquí puramente nominal, figurado, obra de monos de imitación, ó de histriones que no saben su papel. Aquí no hay nada. Cuanto veis es bisutería procedente de saldos extranjeros.

BÁLSAMO. (Displícite.)—No estoy conforme.

RAMIRITO.—Ni yo. Niego que el teatro español sea como Tarsis lo pinta.

BÁLSAMO.—En lo del teatro no me meto. De eso entiendo poco. Pero salgo á defender la agricultura, y afirmo que existe. Pues si no existiera, ¿qué sería de España? Diráse que está bastante atrasada. La culpa es de los grandes propietarios que viven lejos de sus tierras, como afrentados de ellas. Cobran la renta como un tributo del suelo al cielo... no sé si me explico...

como un tributo de los cuerpos á las almas. Los labradores deben convencerse de que las almas son ellos... No acierto á decirlo.

BECEBRO. (Haciendo visajes, como si le picara una mosca.)—Propietario de la tierra y cultivador de ella no deben ser términos distintos.

BÁLSAMO.—Tiene razón este chiflado... Yo no lo entiendo; pero mi sentido natural me dice que el fruto de la tierra debe ser para el que lo saca de los terrones.

BECEBRO.—Presentando las cosas de otro modo, yo te he dicho mil veces, querido Carlos, que no habrá floreciente agricultura mientras ésta no sea una aristocracia.

TARSIS. (Burlón.)—Medrada estaría la agricultura si de ella hiciéramos una aristocracia más. ¿Pues por qué sostengo que tampoco hay aquí política? Porque la que tenemos se ha hecho aristocrática. Fijaos en el pisto que nos damos los diputados, en la vanidad de los ministros, que ocupan ancho espacio en la sociedad por el viento de que están inflados. ¿Hay aquí un político que tenga algo en la cabeza? Ninguno. ¿Pues qué diré del ex-ministro, que sólo por el dichoso *ex* nos mira á los demás mortales por encima del hombro? Aristocracia es la política, y todo lo que tome formas aristocráticas no lleva en sí más que figuración y vanas apariencias. Nobles y políticos somos lo mismo, es decir, nada.

RAMIRITO.—Paradógico estáis... Carlos, es usted hombre de grande ingenio.

TARSIS.—No es ingenio, es convicción.

BECEBRO.—Más bien prurito de originalidad y donaire. El noble de ilustre abolengo bromea con las cosas altas.

TARSIS.—La agricultura, digo, no puede ser nunca aristocracia. Es y será siempre servidumbre. Ellos esclavos y nosotros señores, acabaremos lo mismo, por consunción, por gangrena de inutilidad... Voy más allá... Si aquí no hay agricultura, ni teatro, ni política, tampoco hay justicia, ni banca, ni industria.

BÁLSAMO.—Capitales hay.

TARSIS.—Sí; pero sólo trabajan en la comodidad de la usura, que es una cacería de acecho como la de las arañas. La poca industria que hay es extranjera, y la española, en funciones mezquinas, busca beneficio pronto, fácil y, naturalmente, usurario.

BÁLSAMO.—¡Qué gracia! Esto ya es manía.

TARSIS.—¡Trabajar! ¿Para qué? Los chispazos, los resplandores de fuegos fatuos que vemos en literatura, en artes gráficas y en algún otro orden de la vida intelectual, no nos invitan á que trabajemos. Todo nos llama al descanso, á la pasividad, á dejar correr los días sin intentar cosa alguna que parezca lucha con la inercia hispánica. Si me pusieran en el dilema de trabajar ó perecer, yo escogería la muerte. El español que en este final de raza posea una renta, debe sostenerla y aumentarla si puede. Vivir bien, mientras la vida dure, y mientras en la lámpara del bienestar no se consuma la última gota de aceite. No trato de presentarme como su-

perior á los demás. Soy el peor, soy el último perezoso, el último sacerdote ó monaguillo de la inercia. Mi único mérito está en la brutal sinceridad de mi pesimismo.

(Vestido el caballero á punto de las doce, les convidó á almorzar.)

BECCERRO. (A Tarsis, camino del comedor.)—Has desatinado lindamente. Veo que estás alegre.

TARSIS.—El día empezó nublado. La Diosa lo despejó trayendo á casa el sol.

BÁLSAMO. (A Ramirito.)—No le haga usted caso. Yo le conozco; se emborracha con el dinero, ya venga de Dios, ya de La Diosa.

IV

Cuéntase la rigurosa desdicha del caballero, seguida de sucesos increíbles.

Pasados bastantes días, cercana ya la inauguración ó apertura del verano, cayó sobre el caballero Tarsis una fuerte desdicha que le puso fuera de sí. La sacudida que agitó su alma le llevó del pesimismo á la desesperación, y eran de oír sus voces iracundas, eran de ver sus gestos de rabia, como de hombre que se pierde en un laberinto y no sabe qué camino tomar para salir de él. Ello fué que cuando parecía pan comido la boda del caballero con la chica de Mestanza, tan pelada de carnes como guarnecida de riquezas, de pronto los padres de ella volvieron de su acuerdo; va-

ciló por unos días la novia, fluctuando entre la obediencia filial y un amor desabrido, hasta que al fin se le notificó oficialmente al Marqués de Mudarra que no había nada de lo dicho, y que podía llamar á otra puerta.

Indagado el motivo de tal infracción de la regla social, se puso en claro que los padres de la niña cedieron al consejo y halago de otros *Padres*, que así se llaman por serlo de las almas, y regidores de las conciencias. En una grave conversación que tuvo Tarsis con su excelso padrino Torralba de Sisonés, confirmó éste lo que públicamente sonaba. “Desde que empezaron tus relaciones con esa que parece el espíritu de la golosina—le dijo,—te advertí que procurases poner en tus palabras el sentido más católico, y que no dejaras escapar en aquella casa concepto ni apreciación, ni siquiera chiste, que dañe á la única religión verdadera, ó al culto, ó á sus ministros. Sé que no me has hecho caso; no has sabido refrenar el flujo de las frases irónicas y punzantes para lucir tu ingenio. Bien merecido te está el desastre; porque del otro lado... yo lo supe hace un mes y traté de estar al quite... del otro lado los *Padres* trabajaban contra tí y en favor de un joven muy arrimado á ellos desde su tierna infancia. Pues ya sabes que te ha desbancado Luisito Codes, no necesito decirte de dónde ha venido tu desgracia, porque esos benditos *Padres* protegen á los chicos buenos, dóciles y observantes de la ley de Dios con celo y maneras devotas. Natural es que miren por esa juventud recoleta, y que traten de formar familias cristianas, ayuntando á los muchachos de

conducta ejemplar con las chicas bien dotadas. Es una labor social muy meritoria que asegura la perfecta ortodoxia de la generación futura..”

Respondió Tarsis á estas razones con el desprecio y burla de los de Mestanza, de su dinero y de la niña descarnada y angulosa. Su amor propio se rebizo al instante, y recompuso con excelentes reflexiones el castillete de su dignidad. Pasados dos ó tres días volvió el padrino á la carga de sus consejos, encareciéndole que redujese á la mitad sus gastos, rebajando en mayor proporción sus apetitos y goces desaforados, y por fin de fiesta le dijo:

“Sujetándote á un plan de moralidad y economías, puedes esperar tranquilamente la ocasión de otra jugada como la que has perdido. Herederas ricas abundan. He tomado lenguas del género disponible, y sé que en todas las clases sociales las encontrarás. De una me han hablado que, á más de única y millonaria, es bonita de cara y cuerpo. Pero temo que no te agrade por su extracción demasiado baja. Su abuelo materno, á quien conocí mucho, tuvo la contrata de limpieza de pozos negros, y luego explotó la industria de aprovechamiento de animales muertos, en la cual ganó cuanto quiso. El padre de la chica vino de Cuba, al terminar la guerra, con un capitalazo. ¿Cómo lo hizo? Acerca de esto se cuentan horrores. De la señora, es decir, de la madre de la rica heredera, se susurra si tuvo ó no tuvo en la Habana elegantes mancebías... Ahora tú verás. La muchacha es linda y discreta, si bien un poquito achulada, y escribe

sin la menor idea de lo que es ortografía. Por si quieres conocer á esta familia, te advierto que este verano irán á Biarritz á darse pisto..”

No se entusiasmó aceleradamente el buen Tarsis con la extravagante proposición del padrino; pero tampoco la echó en saco roto, pues su idea fija era encontrar una mina que le proveyera profusamente de cuanto necesitase para vivir en la elegante holganza de caballero noble y pesimista. Dinero buscaba y quería, viniera de donde viniese. La sociedad no es aquí tan escrupulosa que repudie la riqueza por la ruindad ó porquería pestilente de sus orígenes... Las tristezas de su fracaso disimuló Tarsis en la vida de club, donde pasaba medio día y media noche abrevando su espíritu en el chorro de las conversaciones fútiles y perezosas. Se aburría variando la traza y colores de su irisado ensueño. Los amigos ya conocidos y los hermanos Pinel, sus directores políticos, constituían parte mínima de sus relaciones, muchas de las cuales eran flor de casino, que en él crecían y en él se cultivaban. De estos amigos, algunos eran peores que él; otros le superaban, si no en ingenio, en el buen gobierno de su hacienda. Los había riquísimos; los había que ociosamente y con toda elegancia vegetaban en disimulada ruína.

Transcurrió el verano, que el caballero pasó en las estaciones de moda, y ni en ellas ni en el dulce otoño de Madrid encontró el filón que buscaba. Las niñas ricachonas se le escabullían de las manos cuando hacía presa en ellas: la señorita de Porcuna, nieta del explotador de pozos negros, prefirió á un capitán de Ingenie-

ros, y otra, muy bella, huérfana millonaria nacida en Bogotá y criada en la Argentina, le entretuvo por meses y le plantó al fin, prefiriendo á un desabrido diplomático. Y de este fracaso hubo de quedar más llagado y dolorido que de los otros, porque se prendó locamente de la bogotana, tan adorable por su gallarda hermosura como por su fino, seductor talento. Su nombre era *Cintia*, de dulce sabor pastoril y pagano, y le caía tan bien, que habría desmerecido su gentileza si la llamaran Manuela ó Francisca. En las americanas se advierte cierta inclinación á paganizar los nombres, cual si quisieran iniciar una graciosa escapada de las sombrías esferas del cristianismo. Así lo pensaba Tarsis, en cuya mente y corazón quedaron para siempre estampadas la imagen y asperezas de la hermosa colombiana.

Y corriendo los días aumentaron de tal suerte los infortunios del caballero, que llegó á tenerse por el más desdichado de los hombres. Golpe tras golpe iba perdiendo el caudal heredado, y cada vez que le visitaba el siniestro Bálamo era para notificarle un nuevo desastre. Supo el triste caso de tener que malvender una de las mejores fincas rústicas de la casa para el pago perentorio de una deuda de juego, y recoger ó renovar parte de los pagarés usurarios. Viendo cómo se deshacía su fundamento social, sin que ni en sí mismo ni en el mundo exterior viera el remedio, el Marqués de Mudarra se fué abismando en tristezas y murrias que afectaron á su propio carácter después de influir en sus costumbres, en su elegancia y hasta en sus estilos de vestir. Es-

quivaba la sociedad, dándose de baja en sus visitas y relaciones, y á tal punto llegó en su requerimiento de la obscuridad, que en la primavera de aquel año muchos de sus amigos creyeron que se había condenado á emigración voluntaria ó forzosa.

El Marqués de Torralba y Ramirito Núñez, como buenos cristianos, no negaban al amigo la consolación de leales consejos; mas nunca le llevaron el desenlace de ningún conflicto, ni el alivio de sus ahogos. En tanto, pasaban meses sin que el gran Becerro entristeciera con su esmirriada persona la casa del que fué opulento amigo. ¿Para qué había de ir si estaba totalmente seco el manantial de los socorros? Por referencias fidedignas supo Carlos que Augusto padecía grave mal de miseria, y que recluso en su casa engañaba el hambre con las hartazgas de erudición. Día y noche trabajaba sin levantar mano en un prolijo estudio de la vida y sapiencia del famoso prócer don Enrique de Aragón, Marqués de Villena, reputado en su tiempo por letrado, astrólogo y alquimista, con ribetes de nigromante ó brujo. Despertó esto la curiosidad del caballero, á quien toda novedad distraía por momentos de su aplanante hastío, y allá se fué.

Nunca había estado Tarsis en la morada de Becerro, calle de Don Pedro, altísimo piso de una casa vieja y de grandes y desniveladas anchuras, que fué palacio de aristocracia hoy fenecida, ó aposentada en sitios más gratos. Llamó el caballero; le franqueó la puerta una persona que la obscuridad hizo invisible. Pisando baldosines rotos, que tecleaban con rui-

33753

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

dillos que más parecían de risa que de llanto, llegó Carlos á la sala, toda libros, toda polvo, toda mugre, llena de cosas tuertas, cojitrancas y bizcas. Los estantes se caían de un lado, los rimeros de libros no tenían aplomo. Había desequilibrios inverosímiles, infolios que se balanceaban sobre rollos de balduque, papeles de mil formas acumulados sobre mesas perláticas, y sostenidos, para que no los arrebatase el aire, por una mano de bronce ó una pezuña de mármol. Ventana torcida y balcón ancho, desiguales en tamaño y forma, como un doble mirar oblicuo, daban paso á la claridad, verdosa del empañó de los vidrios.

Aunque en aquella caverna papirácea de inclinado techo, no había esqueleto ni lechuza, ni retortas sobre hornillo, ni lagartos rellenos de paja, Tarsis creyó hallarse en la oficina de nigromante ó alquimista que nos dan á conocer las obras de entretenimiento y las comedias de magia. En un costado de la estancia, tras una mesa que desaparecía bajo la balumba de libros viejos y rancios papeles, emergía Becerro, dejando ver tan sólo medio cuerpo. Extremada era la delgadez exangüe de su rostro. A su amigo miró con ojos espantados, tardando un rato en reconocerle.

“Augusto—le dijo Tarsis cariñoso, poniéndole la mano en el hombro,—no esperabas esta visita. Vengo á enterarme de tus trabajos, vengo á charlar contigo, vengo á...” Después de breve pausa, el caballero puso unos duros sobre la mesa, diciendo: “Aunque ahora estoy muy mal, chico, siempre hay algo para tí.

—Gracias, *Asur*—dijo el sabio sin tomar

el dinero.—¿Para qué te has molestado? El oro, la plata y los billetes, han llegado á serme indiferentes. Sabrás que ya no como... Todo es cuestión de acostumbrarse, de hacerse á no comer. Es una educación como otra cualquiera. Algún trabajo me ha costado adquirir este supremo hábito del perpetuo ayuno, de la emancipación del alma... ¿Sabes ya que me ocupo del Marqués de Villena, primer apóstol de las ciencias físicas en España, y precursor de esa otra ciencia que nos enseña las leyes y fenómenos del universo suprasensible?”

Quedaron suspensos los dos amigos, mirándose uno á otro. Tarsis rompió el silencio, diciendo: “De ese Marqués de Villena se cuenta que era algo así como brujo, hechicero...” A lo que respondió José Augusto que tales denominaciones aplicadas por el vulgo son el reconocimiento que las almas inocentes hacen de las verdades no comprendidas... Pero antes de meterse en tan laberíntico terreno, Becerro dió conocimiento á su amigo de lo que ya tenía escrito de su magna obra, á saber: la condición y alcurnia del de Villena, su historia completa desde el nacimiento, su boda con doña María de Albornoz, sus desavenencias matrimoniales, el repudio de doña María, las locas ambiciones del prócer por obtener el maestrazgo de Santiago, su saber de humanista, de astrólogo, de químico; su figura, en fin, achaparrada, y su habla enfática y pedantesca... El amigo, con tan hábil pintura, acabó por conocerle como si le hubiera visto y tratado. Callaron de nuevo, y Tarsis, que anhelaba lo extraordinario y maravilloso, único alivio

de su agobiada voluntad y solaz de su abatido entendimiento, llevó la conversación al terreno de las mágicas artes, que á su parecer, opinando como el vulgo, están relacionadas con la malicia y sutileza de Lucifer. Los hombres le estomagaban; anhelaba trato y conocimiento con los demonios.

Por toda respuesta, el sabio mostró á Tarsis un montón de librotos y le dijo: "Aquí tengo los autores españoles y extranjeros que tratan de magia y artes hechiceras, libros de tanta amenidad, que yo me los he leído cuatro veces de cabo á rabo, y aún he de gozar por quinta vez de tan entretenida y sabia lectura. Cógeles, apúralos hoja tras hoja, y pasarás ratos, horas, días, semanas y meses deliciosos." Agradeció Carlos el obsequio, y se abstuvo de meter sus ojos en aquel zarzal. Con prodigiosa memoria y sin abrir los mamotretos, Becerro le hizo cuento y noticia de ellos, á saber: Andrés Cevalpino, Jacobo Sprengero, Juan Niderio, Abad Gunfridus, que escribieron en latín, y don Sebastián de Covarrubias, definidor castellano del hechizo; el Padre Martín del Río, y el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, que refiere los artilugios maléficis de los indios.

Lo que mayormente colmaba el asombro de Tarsis era que, hallándose Becerro en absoluto ayuno, tuviese la lengua tan destrabada y el cerebro tan listo para verbalizar las ideas. Hablaba como una taravilla, con dicción clara y aliento fácil. Dudoso el caballero de la efectividad de tal prodigio, le interrogó de nuevo. "No sé ya lo que es comer—dijo Augusto con sequedad de palabra y de intelecto.—Tan olvidado

tengo el comer, que ya no sé cómo se come. Serías feliz como yo lo soy, querido Carlos, si llegaras á este perfecto estado, que trae, entre otros beneficios, el de la abolición radical de la Economía Política y otras ciencias vanas inventadas por los glotones.

—He olvidado preguntarte por tus hermanas—dijo el de Mudarra, apurando su investigación.—¿Dónde están esas nobles señoras?

—No podrás verlas, Carlos—replicó el sabio llevándose la mano á la frente para quitarse unas telarañas.—Viven y mueren en su grande elemento... No entiendes esto, ni lo entenderás mientras permanezcas en el estado de comercio mundial, ó sea de ignorancia..

Tales desvaríos despertaron más la curiosidad del visitante, que, sin decir nada al amigo, emprendió una inspección ocular por toda la casa, en busca de la explicación del misterio. Recorrió aposentos, rincones y pasillos, hallando en unos enormes fajos polvorosos de papeles impresos y manuscritos, en otros sillares y trebejos inútiles. En una estancia con estructura de cocina, no vió carbones, ni ceniza, ni aun señales de que se hubiera encendido lumbre en mucho tiempo; no vió pucheros ni cacharros, ni más que fragmentos de loza, utensilios rotos. Como sintiera el temblaqueo de los baldosines, indicio del paso de alguna persona, se fué tras el sonidillo, creyendo encontrar á quien le había franqueado la puerta; pero ni sombra ni rastro de persona vió por parte alguna.

Después de vagar un buen rato volvió á en-

contrarse en la sala, donde Becerro continuaba tal como le dejara, atento al papel en que escribía con firme pulso y sin levantar mano. No se detuvo allí el curioso, que ansiaba explorar la otra parte de la casa, y por una puercecilla que cerca de la mesa del nigromante se abría, pasó á un gabinete mejor apañado y dispuesto que lo demás de la vivienda. En él vió la cama sin sábanas, doblados por la mitad los colchones. Algo de inveterado y permanente en el doblez de los colchones revelaba que si el señor de la casa no comía, tampoco dormía... Fijóse Tarsis en dos cuadros y dos tablas de escuela flamenca, representando escenas religiosas con fondo de arquitectura y paisaje; y siguiendo su observación de izquierda á derecha, dió con sus miradas en un hermoso espejo con negro marco... Allí fué su estupor, allí su pasmo y sobrecogimiento.

Por un rato no dió el caballero crédito á sus ojos: se acercaba, retrocedía. Mas el cristal, que era de una limpidez asombrosa, no copiaba la imagen frente á él colocada. En vez de verse á sí mismo, Tarsis vió en el cristal, como asomándose á él, la propia y exacta imagen de la damita sud-americana, de quien estaba ciegamente enamorado. Miróle ella gozosa y risueña, mostrándose en la faceta más sugestiva y brillante de su hermosura, que era la dulce alegría. La suspensión del ánimo no fué tal que el caballero dejara de romper el silencio. "Cintia—exclamó casi pegando su rostro al cristal, sin que por esta proximidad se acercara también el de la linda bogotana,—Cintia, ¿eres tú de verdad, ó eres pintura, artificio de

la luz en el vidrio, por obra del discípulo de Lucifer que vive en esta casa?

—Soy yo, Carlos de Tarsis. ¿Verdad que es gracioso vernos aquí? Yo no ceso de reirme...

—Sácame de esta horrible duda, Cintia. ¿Es esto una casa encantada?

—Encantada no. Yo estoy en mi casa. Acabo de levantarme.

—¿En tu casa de Madrid?

—No, tonto: estoy en París. Ayer compré este espejo en casa de un anticuario. Hoy, verás... me dan ganas de mirarme en él, y... ¡qué sorpresa, qué gracia, qué chiste tan modernista! Cuando creía ver mi cara en el espejo, veo la tuya.

—Esto me aterra, Cintia.

—A mí no. ¿Sabes, Carlos, que aquí me encontré con unas amigas argentinas muy simpáticas? No sabíamos qué hacer y nos hemos puesto á estudiar eso que llaman ciencias ocultas. Es divertidísimo, puedes creerlo. Tenemos una profesora que se llama *Madame de Circe*, y un adjunto chiquitín, *Monsieur de Tiresias*, que adivina cuanto hay que adivinar. Por las noches nos dan sesiones deliciosas en que oímos ruido de platos por el techo, y roce de manos que pasan arrebatando los objetos. Créelo: nos divertimos la mar.

—Mientras te oigo, hermosa Cintia—dijo Tarsis, abrumado de tristeza,—pienso que me he muerto, y que estoy vagando en el inmenso tedio de la inmortalidad, como astilla flotante en el Océano.

—Vivir y morir todo viene á ser lo mismo—replicó Cintia, mostrando la doble carrera de

sus lindísimos dientes al desplegar los labios en franca risa.—Ha sido para mí una suerte muy grande verte ahora, cuando creía que ya no te vería más, Carlos. ¿Es esto milagro, es esto hechicería? Sea lo que fuere, yo me alegro de poder decirte que no me he casado.

—¡Cintia!

—Que no me he casado con el diplomático. ¿Cómo quieres que te lo diga? Reñimos hace quince días por una simpleza... Un poco tarde, pero á tiempo aún, vine á conocer que no le quería. Es un cuco, un egoísta como todos... Vienen al olor de una rica dote...

—Cintia, tu riqueza te da derecho á despreciarnos. Quisiera que fueses un poco menos severa conmigo.

—Sí que lo seré... pero ahora, caballero Tarsis, no puedo entretenerme más... ¿Qué, qué ibas á decirme? He visto en tus labios una palabra que se ha retirado antes de sonar.

—Iba á decirte que nunca te ví tan bella como ahora te veo.

—¡Qué tonto! Estaré horrorosa. ¡Hace un rato que salí del baño! Me envolví en este ropón, y me acerqué al espejo para mirarme..

Aunque oprimía la vestimenta contra su busto para tapanlo bien, aún exageró el movimiento pudoroso hasta no dejar ver más que la cabeza. El galán la contemplaba embelesado. La visión dijo: "Me parece, caballero Tarsis, que ya es hora de que te deje en paz... Retírate tú también por tu lado...". Se alejó sin volver la espalda, hasta quedar en término lejano; hizo con la mano un gracioso saludo, y desapareció como luz extinguida por un soplo.

V

Siguen los prodigiosos y disparatados fenómenos, hasta determinar lo que es final y principio.

Abalanzóse don Carlos de Tarsis al espejo, y puestos en él manos y rostro, se aseguró de que era cristal y no un hueco por donde pudieran verse estancias vecinas. Luego salió con paso y andar de borracho, tropezando en los muebles y agarrándose á cuanto encontraba, hasta llegar á la próxima sala, donde permanecía, como alma trasunta en papeles, el erudito endemoniado; y viendo una silla frente á la mesa en que aquél trabajaba, dejóse caer en ella, soltando la voz á estas angustiadas razones: "Tu casa está encantada, ó tú eres un demonio con figura de Augusto Becerro.."

Sin inmutarse, suspendiendo del papel la pluma, el embrujado amigo le respondió: "No aceleres tu juicio, ni apliques dictérios infernales á este estado de felicidad perfecta. No interrumpas mis estudios, que ahora estoy en las apreturas de demostrar que el Rey Sabio don Alfonso X fué precursor de mi don Enrique de Villena, pues en su *Libro de los juegos de ajedrez, dados et tablas* dice que no se puede jugar bien al ajedrez sin saber de astrología. Lo mismo siente y declara el Maestre de Santiago en su *Libro de Aojamiento y Fascinología*, y ello concuerda... Verás... Dijo esto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo 1625 MONTERREY, MEXICO